

8 DE LA OPINION

MARIA JOSE URRUZOLA

A PROPOSITO DE UN VIOLADOR «HONRADO»

Lamentablemente, las violaciones son noticia frecuente en los medios de comunicación. La articulista reflexiona sobre este tema y señala que estos actos son expresión del «poder que tienen los hombres como colectivo sobre cada mujer».

EN el año 1985, en Vizcaya, se comprobaron judicialmente 26 violaciones y 18 casos reconocidos como «abusos deshonestos». Teniendo en cuenta que según los últimos estudios realizados sólo un 50 o un 60% de mujeres denuncian el hecho, estas cifras podrían duplicarse y dar una media de siete u ocho violaciones o agresiones graves al mes sólo en Vizcaya.

Hoy todavía sentimos el eco de las últimas violaciones: nuestra querida amiga Ane Gaminde, violada y muerta en Bilbao; 16 mujeres de Córdoba violadas en un mismo mes, el reciente juicio a Vicente Hernández nos ha hecho recordar a las cinco mujeres violadas por él a comienzos de 1985 en los alrededores de Donostia. Irune Monasterio y B. Melero, recientemente muertas en Vizcaya en extrañas circunstancias, no esclarecidas suficientemente. Y otras agresiones conocidas por nosotras y no denunciadas... Víctimas todas ellas del terrorismo patriarcal.

Va siendo ya un hecho frecuente que las mujeres seamos amedrentadas, golpeadas, lesionadas y violadas.

Y estos hechos tienen un porqué profundo, aunque tendemos a explicarlos con razones inmediatas, viscerales: «Los violadores son seres tarados», «están muy reprimidos», «son hombres que están desesperados», «son unos indeseables», «habría que castrarlos, es la única solución», etc. Incluso algunas mujeres, dispuestas siempre a disculpar a los hombres, tratan de quitar hierro al asunto y buscar falsas excusas a estos hechos: «son fruto de una educación», «algunas mujeres provocan»...

¿CUAL es la verdadera causa de estas violaciones?

Estos días leíamos en la prensa la sorprendente confesión de un violador, Vicente Hernández Inac, que al ser juzgado por violar a cinco jóvenes respondía: «Yo cometía estos hechos para hacer sufrir y humillar a las mujeres». Es la primera vez en la cruda y denigrante historia de las violaciones que un violador dice la verdad.

Todos los hombres que violan o agreden a las mujeres si pudieran ser honrados tendrían que decir lo mismo, no de una manera explícita y personalmente consciente, pero sí cuando analizaran su actitud, sus acciones y el proceso por el que ha llegado a violar.

Las violaciones cruentas concretas son actos extremos de odio, de dominio, de posesión y de desprecio.

Pero no nos escandalicemos sólo de estos hechos brutales, porque la violación penetración no es un hecho aislado. Es más bien el último grado de una serie de agresiones-violaciones que diariamente

padece la mujer. Recordemos a modo de ejemplo cómo es agredida la mujer en la publicidad, en los anuncios de la televisión, en los chistes y demás actos del programa «Un, dos, tres», en la cartelera de espectáculos o cómo es tratada en la calle, en los discursos políticos, en el Parlamento, en el paro, en el puesto de trabajo, en la educación, en el hogar doméstico...

Las agresiones que reciben muchas mujeres, hasta de sus compañeros, amigos, maridos...

Realmente, esta sociedad patriarcal al tratar así a la mujer está ofreciendo el campo mejor abonado para que se produzca impunemente cualquier agresión o violación. Después se hace tan frecuente, que la experiencia de las mujeres como seres agredidos, violados, se considera una situación normalizada que nos ha tocado vivir.

La causa de esta situación es clara: el poder que tienen los hombres como colectivo sobre cada mujer. El poder masculino empieza por imponer a las mujeres todos los trabajos de reproducir, alimentar y cuidar a la especie humana y de realizar todo lo necesario para la subsistencia diaria; continúa por establecer relaciones afectivo-sexuales con la mujer desde posiciones de poder, y termina por usar el cuerpo de la mujer como un objeto a poseer, manipular, comerciar, etc. No todos los hombres actúan así, pero todas las agresiones de los hombres se ven reforzadas por este poder que les protege en complicidad. Desde él se nos domina, agrede y viola.

ES importante que las mujeres a la hora de buscar soluciones vayamos a las causas profundas que nos expliquen hechos de dominación tan fuertes como la violación, para no caer en la visceralidad, comprensible y a veces inevitable, de pensar que la muerte o castración del violador va a remediar nuestra situación.

Cuando un hombre viola, lo más grave no es el hecho material de la penetración, nos humilla y desprecia con toda su persona, con toda la sociedad que se hace cómplice de él. Esa violación es sólo un síntoma de que la sociedad está enferma y no podemos conformarnos con curar los síntomas sin atacar las causas, porque volvería a reproducirse el síntoma de la forma que fuera. Y para atacar las causas, es decir, para minar, debilitar o eliminar el poder abusivo del hombre sobre la mujer existen soluciones más radicales y costosas que la castración o la muerte, pero más positivas y eficaces que las mujeres unidas y organizadas tenemos que buscar y llevar a la práctica.

Ellos, con una lógica de fuerza, poder y violencia, nos han dominado y nosotras no podemos entrar en «su» lógica.

98/6/86
señado